

El señor Peludo

MAY SARTON

TRADUCCIÓN DE
BLANCA GAGO DOMÍNGUEZ



Título original:
The Fur Person

Primera edición: marzo 2022

The Fur Person © 1979 by May Sarton

© 2022 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2022 de la traducción: Blanca Gago Domínguez

© 2010 del diseño de colección: Raúl Fernández

Diseño de cubierta: Gabriel Reguero

Corrección: Chris Christoffersen

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-16529-98-8

Impreso en España

Depósito legal: M-3098-2022

Para Judy

PRÓLOGO

El señor Peludo fue, por supuesto, un gato real y no imaginario que vivió junto a Voz Brusca (la mía) y Voz Suave (la de Judy) durante muchos años en Cambridge, Massachusetts. Todo ello ocurrió hace bastante tiempo, claro, tanto que Tom Jones ya no está con nosotras. Pero tuvo una larga y dichosa vida en la Tierra y ahora me gusta pensar que, al convertirse en un personaje literario, se volvió inmortal. Justo el otro día recibí una carta escrita con una letra muy pulcra que decía: «Este es el mejor libro que he leído nunca». El remitente tenía nueve años y me puse muy contenta. Después de varios rumores soterrados según los cuales la historia de Tom Jones se había agotado, ahora vuelve a estar disponible para que las nuevas generaciones de lectores puedan conocerlo. Espero que las abuelas se animen a leer *El señor Peludo* en voz alta, pues lo escribí para que la familia entera pudiera disfrutarlo, así como «los amantes ardientes y los sabios austeros», como llamó Baudelaire a los amigos de los gatos.

Cuando mis amables editores me pidieron que escribiera un prólogo para esta nueva edición, me pregunté cómo iba a volver a esa época en que el señor Peludo empezó sus andanzas literarias, hace ya veinte años. ¿Qué podía decir? Entonces recordé que Tom Jones había vivido una experiencia que no aparecía en el libro, y que tal vez añadiría un nuevo brillo a su ya merecida fama.

Antes de que Judy y yo nos mudáramos al número 14 de la calle Wright, en Cambridge, vivimos en una casa alquilada

en el número 9 de Maynard Place durante los años cincuenta. Un año, Judy pidió una excedencia en su trabajo y nos fuimos de viaje, pero antes dejamos la casa a Vladimir Nabokov y a su bella esposa, Vera, que aceptaron encantados tener a Tom Jones de huésped y cuidarlo durante su estancia. ¡Qué suerte para un gato de bien como él pasar a formar parte de esa ilustre familia, con la encantadora Vera y Vladimir, gran amante de los félidos! Así pudo escuchar la lengua gatuna en ruso.

En la casa de Maynard Place tenía mi estudio en la buhardilla: una habitación pequeña y soleada con una pared llena de libros y una mesa larga de caballete con una silla recta junto a la ventana. Nabokov se deshizo de semejante muestra de austeridad y la remplazó por un sillón alto, cálido y mullido, donde podía escribir prácticamente tumbado. Tom Jones enseguida averiguó que el genio le permitía acurrucarse muy cerquita de su corazón, contra su pecho, donde podía dejar huellas en forma de estrella de mar, ronronear hasta el éxtasis y, a veces, incluso amasar un poquito, sin pensar en el dolor que pudiera ocasionar en el regazo que lo sostenía. Me gusta imaginar que fue allí donde Nabokov soñó a Lolita por primera vez, y quizá la presencia de Tom Jones tuvo algo que ver en la creación de ese mundo sensual que la rodea. En cualquier caso, para él fue un año lleno de grandiosos manjares y sutiles pasiones.

Por entonces, la fama mundial ya estaba al acecho de nuestro inquilino. Después de que Judy y yo regresáramos

a la casa, pasamos un tiempo sin saber nada de los Nabokov. Sin embargo, estos no habían olvidado a Tom Jones y, en una ocasión en que volvieron a Cambridge, estuvieron unos días alojados en el Hotel Ambassador y lo invitaron a tomar el té. Por supuesto, también esperaban a sus cuidadoras, de modo que Judy y yo tomamos un taxi y lo llevamos hasta allí. Yo tenía mis dudas porque, aunque Tom Jones era todo un caballero, seguía siendo un gato, *Kleiner Herr im Pelz*,¹ como lo llamó su traductor alemán, y los gatos se ponen muy nerviosos en los lugares desconocidos. Así, cuando subíamos a la habitación en el ascensor, yo con Tom Jones en brazos, los tres estábamos muy nerviosos.

Al llegar, la pareja nos dio una bienvenida por todo lo alto, y no solo había té para las cuidadoras, sino también un plato de hígado crudo cortado en delicados trocitos en el suelo, en honor del protagonista de la fiesta. Pero ocurrió algo muy inquietante. Tom Jones, aquejado en ese momento de un terrible ataque de agorafobia, desapareció bajo el sofá de terciopelo y se negó a salir durante el resto de la penosa tarde que pasamos allí. Al final, cuando llegó la hora de irse, tuvimos que mover el sofá y sacarlo a la fuerza. El encuentro, que Nabokov había planeado con ilusión, pensando en aquellos ratos compartidos en la más dichosa intimidad, no fue un encuentro: fue un desastre.

¹ Pequeño caballero peludo (N. de la T.).

Aun así, los hechos ocurridos demostraron, una vez más, que Tom Jones era un gato excepcional, un gato llamado a la gloria literaria, y si un gato puede mirar a un rey, también un rey puede, a veces, mirar a un gato.

York, Maine

MAY SARTON

Febrero de 1978

El señor Peludo

Cuando tenía dos años y ya llevaba un tiempo siendo un gato callejero, de conquistas gloriosas pero escasas comodidades, el señor Peludo decidió que era hora de sentar cabeza. En esa mañana de mayo, la cuestión de encontrar un hogar con fieles cuidadoras para toda la vida no parecía baladí, como tampoco los líos que se traía con los tenderos del vecindario, gente amable pero ordinaria que no sabía cómo tratar a un gato de bien como él. No tenían ni idea. Se imponía la búsqueda metódica de la dueña más apropiada, alguien que cumpliera con todos sus requisitos. Todos los gatos saben que lo ideal es encontrar a una ancianita que, a ser posible, viva en una casa con jardín. La casa debe disponer de un sótano y una buhardilla, el sótano para cazar y la buhardilla como espacio de juego y diversión. Siento decir que los niños, en estos casos, deben evitarse a toda costa, pues suelen distraer a la dueña de sus obligaciones hasta el punto de que sus modales pueden dejar mucho que desear.

Lo cierto es que un niño pequeño y pecoso había salvado la vida del señor Peludo una vez, pero a este se le daba muy bien olvidar las cosas que no le interesaban, como esa, por ejemplo. El niño, que se llamaba Alexander, había soltado tales chillidos al ver al hombre de la protectora de animales acercándose con una bolsa negra, que su madre acabó cediendo y, con la vista clavada en el fondo del cubo de la basura, dijo:

—Bueno, Alexander, puedes quedarte con uno, pero decídetelo rápido.

—El de la cola larga —respondió Alexander sin vacilar ni un instante, y se hundió en el cubo para rescatar aquella bolita aterciopelada y temblorosa que luego se convertiría en el señor Peludo, pero entonces era tan pequeña que aún tenía las orejas dobladas y apenas veía con los ojos azules, casi cerrados. Las molestias de vivir con un niño torpe en lugar de una madre eran considerables, pero es que su verdadera madre, quien podría haberlo espabilado y haberle ofrecido leche bien calentita al menor murmullo, como era su deber, había desaparecido después de dar a luz a cinco crías desesperadas que no dejaban de maullar a gritos. De modo que Alexander, por lo que recordaba, le había dado leche de vaca, de muy mala calidad, con un gotero, lo había metido dentro de su chaqueta de piel y, desde ese mismo instante, se había creído con derecho a apretujarlo con todas sus fuerzas; por eso, quizá, el señor Peludo se convirtió en un gato largo y desgreñado. Dormía en la cama de Alexander y a veces, en las noches más frías, se enrollaba en el cuello del niño, por lo cual todos lo conocían como «las pieles de Alexander». Estuvo soportando al niño y sus caprichos hasta cumplir los seis meses, y entonces, un hermoso día de verano, después de lamerse la pechera hasta dejarla blanca y radiante y contemplarse con orgullo la blanca punta de la cola, una vez hubo comprobado que todas las rayas del lomo lucían bien lustrosas, salió contoneándose como un figurín

para empezar una vida de vagabundo errante y nunca más regresó.

Al hacerse gato callejero, adquirió unos andares tiesos y bohemios, se hizo un pequeño corte en la oreja y ya no se molestaba en lavarse, a veces durante varios días. La pechera se le volvió gris, la punta blanca de la cola casi desapareció y los bigotes le brotaban de las mejillas con la misma fuerza y vitalidad que las púas de un puercoespín. Aprendió a cantar canciones callejeras, a atemorizar sin levantar una pata, a acoquinar a los cobardes hasta hacerles llorar, a gritar a los abusones para que atacaran una fracción de segundo antes de tiempo, a cortejar a una atigrada madurita o a una joven descarada... Para ese mismo otoño estaba tan ocupado que, ciertamente, ya se había olvidado por completo de Alexander. Sus expediciones y conquistas lo llevaron muy lejos, y aunque en algún momento, por azar, recordó la mullida cama de su infancia gatuna, ya no sabía muy bien dónde encontrarla. «Ahora mismo soy un formidable e irresistible gato callejero —pensaba moviendo la cola adelante y atrás—, y con eso basta.» Era, en efecto, un trabajo a jornada completa. Por ejemplo, el asunto de la comida siempre interrumpía otras pesquisas mucho más interesantes. Un gato callejero debe ser muy astuto a la vez que fiero; conocer cada palmo de su territorio y las tapas de los cubos de basura que mejor se vuelcan; cronometrar la hora en que los tenderos del vecindario arrojan sabrosas cabezas y colas de bacalao al primero que pase; persuadir a las ancianas para sacar tazones de leche a la puerta, e

incluso algún platito de crema de vez en cuando, sin dejarse atrapar, y despertar la bondad ajena buscando despiadadamente el propio interés y evitando rendirse a todos esos sueños llenos de lujosas comodidades que implican renunciar a la independencia. Es una vida muy dura, y el gato callejero es un personaje escurridizo y burlón que utiliza al ser humano, el cual vale bien poco, a su conveniencia.

El señor Peludo, en esa época, no era una excepción y se ajustaba a ese mismo patrón, salvo cuando se enroscaaba como una bolita debajo de algún seto y, a veces, profería una especie de zumbido, como un ronroneo, y otras veces, incluso, abría las garras y volvía a cerrarlas como si estuviera recordando algo delicioso, pero entonces despertaba y nunca conseguía acordarse de lo que era. Solo de vez en cuando sentía una cierta nostalgia y se daba un buen lengüetazo por la cara y la pechera para levantar el ánimo, bajaba la calle contoneándose con un pelín más de chulería de lo habitual, se paraba, miraba atrás y, por un momento, parecía no saber dónde estaba, o incluso quién era.

Al cumplir dos años, seguía siendo un gato callejero, pero un gato callejero con unos sueños muy extraños: soñaba que estaba sentado junto al fuego con las patas encogidas y una mano suave, no como la de un niño, lo acariciaba; también soñaba con un plato de leche templada... Eran sueños muy raros que requerían ejercicios de yoga de gran concentración para olvidarlos, y a veces lo asaltaban durante un día entero.

Hasta que una mañana se despertó de uno de ellos roncando, se lavó la cara con sumo cuidado y decidió que había llegado la hora de sentar cabeza. Los bigotes le brillaban a la luz del sol. Se estiró, dio un par de bostezos y se entretuvo un rato asustando a las palomas que caminaban como patos bajo un olmo cercano. Pero, en mitad de ese juego de niños, de pronto se quedó sentado y muy erguido, entrecerró los ojos y luego los abrió como platos, contemplando el vacío durante un largo rato. Fue entonces, en ese preciso instante, cuando cayó en la cuenta de que era huérfano. De la pena que se daba a sí mismo, la cara se le puso puntiaguda, y tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la dignidad sin dar rienda suelta al triste lamento que sentía crecer en su interior.

Después de pasar por todo eso, tuvo un día muy duro, un día de andar vagando por ahí y fijarse en un montón de gatos gordos y brillantes que se tumbaban al sol de los porches y a los que, ahora, contemplaba de un modo distinto, envidiando sus cálidos lechos y los dueños que tenían. Al caer la noche, el señor Peludo, cansado de deambular solo por las calles, supo que había llegado el momento de tomar una decisión.

Entonces oyó una suave voz que lo llamaba.

—Eh, gatito, gatito, gatito... —dijo alguien a lo lejos. Una semana antes no habría hecho ni caso al oír esas palabras. Pero ahora, en un instante, se irguió, se puso en guardia y echó a trotar muy animado para hacer un reconocimiento. Vio a una mujer rechoncha de cabello gris ante el

umbral de una casa rodeada de jardín. No se veía a ningún niño, y de repente el señor Peludo se sintió muy atraído por aquel lugar. Correteó por unos agracejos hasta aposentarse en un lugar estratégico, desde donde podía observar todo lo que sucedía. Cuando ya estaba casi decidido, de pronto, un gato de aspecto muy extraño subió corriendo los escalones de la casa y desapareció tras la puerta que se cerraba. Era un gato de color crema, con patas y orejas marrón oscuro y, cosa curiosa —¿acaso el señor Peludo sufría de alucinaciones?—, parecía tener los ojos azules como un ser humano.

Fue un momento amargo incluso para una criatura de naturaleza tan estoica y acostumbrada a los malos tragos como el señor Peludo. ¡Ya había otro gato reinando en esos dominios! Otro gato era el dueño del jardín, del pequeño peral, de la suave tierra dispuesta con esmero entre los parterres —tan ideal para ciertos asuntos—, y, sobre todo, de aquella amable anciana con una voz tan dulce. Había llegado a ese refugio perfecto demasiado tarde.

El señor Peludo subió corriendo por el peral, simplemente para animarse un poco, y luego bajó de nuevo a toda velocidad, sin detenerse un momento siquiera a afilarse las uñas. Con un nuevo impulso, corrió hacia la puerta trasera porque vio luces en lo que debía de ser la cocina, y una vez llegado a la puerta mosquitera, la arañó del modo más suave y educado que pueda imaginarse. Pero nadie respondió. Empezó a echar de menos a Alexander, incluso recordó, sin asomo de aversión, aquellas latas de comida insípida con

la cara de un gato estúpido dibujada en la tapa. Era lo único que le daban de comer en esa casa. Reparó en el hambre feroz y el cansancio que sentía. Volvió a arañar un poco y soltó un maullido cortés y refrenado, teniendo en cuenta la violencia de todas esas emociones que lo embargaban, así como el hecho de que apenas el día anterior había sido un salvaje y astuto gato callejero. Imaginó a aquel gato extraño levantando una pata para hacerse con un delicioso bocado de hígado de cordero o ternera recién cortado en trocitos muy pequeños, mezclado con un sofrito de grasa de tocino, todo ello bajo la amable mirada de la ancianita. Era más de lo que podía soportar. En ese momento, bajo el influjo de las emociones, empezó a cantar una canción inventada, que le salió sin pensar, y sonaba más o menos así:

Señora, por favor,
la puerta debe abrir.
No me deje aquí
muerto de hambre y sed,
de un gatito huérfano
piedad hay que tener.
¡Oiga mi maullido,
por favor se lo pido!

Tuvo la impresión de que no estaba nada mal para ser la primera vez que hacía algo así, y al acabar, puesto que era un gato muy decente, dio media vuelta y se sentó con aires de perfecta indiferencia, aunque el corazón le latía con fuerza

y, por mucho que se empeñaba, no conseguía apuntar con una oreja hacia delante: la muy terca seguía mirando atrás, en una postura de lo más chismosa, por si se enteraba de algo. Y en efecto, la puerta se abrió.

—Bueno, bueno... ¿De dónde vienes tú? —dijo una voz con cierto disgusto—. ¿Tienes hambre, eh?

El señor Peludo, siguiendo el primer mandamiento de los gatos decentes —«Cuando te hablen, no muevas ni un pelo. Haz como si oyeras llover»—, siguió contemplando el horizonte en dirección opuesta a la voz, con un aspecto conmovedor.

—Será mejor que vuelvas a casa —dijo la voz, que no parecía enfadada. Por desgracia, en ese preciso momento le llegó una bocanada de aroma a bacalao fresco procedente del horno, que rodeó al señor Peludo y se quedó allí varada, como un nimbo. Después de todo, aún era un gato joven, y en ese momento, el karma era más fuerte que ninguna otra regla de comportamiento social. Nunca supo cómo llegó a suceder, pero, en un instante, se vio plantado en la cocina, tan encendido como Ulises en los brazos de Circe gracias a aquel bacalao —que, como ya sabéis, es un pez sagrado, y quizá tenga atributos místicos de alguna clase—. Por desgracia, también lo encendía la irritante presencia del extraño gato, que le saltó encima y consiguió arañarle el cuadradito de color canela que tenía justo en el centro del hocico, en la parte más tierna. No era momento para lindes poéticas, así que el señor Peludo dio un grito furioso y salió de golpe, adentrándose en la oscuridad.